

El caballo que tenía un sueño

Griselda Gambaro

Ilustraciones de Nancy Fiorini





www.loqueleo.santillana.com

© 2003, GRISELDA GAMBARO
© 2003, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4649-5
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: NANCY FIORINI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS y JULIA ORTEGA

Gambaro, Griselda
El caballo que tenía un sueño / Griselda Gambaro ; ilustrado por Nancy Fiorini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
40 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4649-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Fiorini, Nancy, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN NEXO GRÁFICO S.A., CORRALES 1659, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El caballo que tenía un sueño

Griselda Gambaro

Ilustraciones de Nancy Fiorini



loqueleo

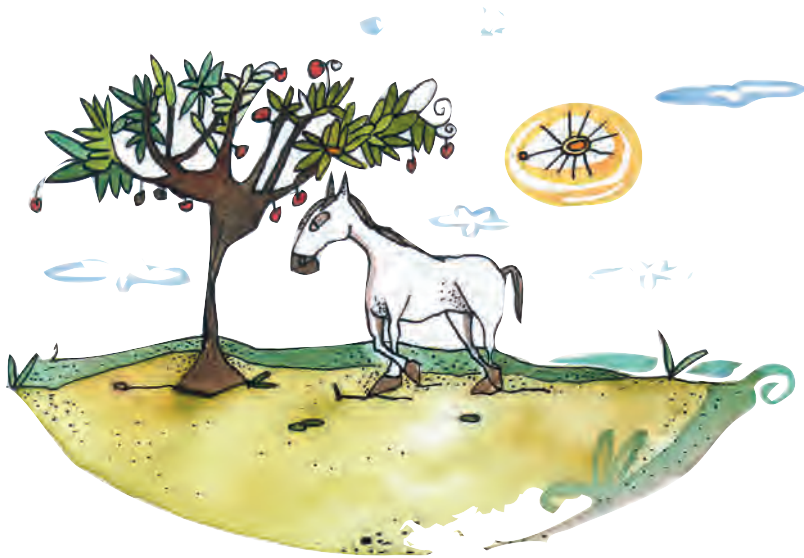
El caballo que tenía un sueño



Había una vez un caballo blanco que tenía un sueño: llevar a pasear a una hormiga negra.

Había llevado de paseo a señoras y señores, a nenas y a nenes pero nunca a una hormiga.

Las hormigas se acercaban y él se quedaba quieto, esperando que confundieran su pata de caballo con el tronco de un árbol. Pero las hormigas son muy inteligentes y con sus antenas se dan cuenta de todo. Sabían que no era un árbol y se volvían a marchar.



Un día de otoño el caballo estaba descansando bajo un ciruelo y le cayó encima una hoja. Se sintió muy feliz con la esperanza de que alguna hormiga subiera para transportar la hoja al hormiguero. Entonces aprovecharía y la llevaría a pasear. Primero al paso, y después al trote.

Pensaba qué bien quedaría la hormiga negra sobre su lomo blanco. A él siempre le habían gustado las hormigas. Hasta les perdonaba que pelaran las plantas y los árboles.

Y así sucedió.

Una hormiga joven, negra, muy negra, alzó sus antenas, descubrió la hoja en el lomo del caballo y se dijo: esta hoja es para mí.

Subió velozmente por la pata del caballo, llegó hasta la hoja y comenzó a trabajar, cortándola con sus mandíbulas porque era muy grande para transportarla entera.

En ese momento, despacito, despacito, el caballo se movió. Adelantó una pata y giró la cabeza hacia atrás para ver qué es lo que hacía la hormiga.



Ella dejó de cortar la hoja y permaneció en suspenso, muy atenta.

El caballo movió la otra pata.

¡Qué susto el de la hormiga! Comenzó a temblar. Se mueve la tierra, pensó. ¡Ay, me caigo! Y se aferró con sus seis patitas al lomo. Pero no se cayó.

El caballo relinchó para tranquilizarla. Y era un lindo relincho, como una carcajada de caballo.

La hormiga se dio cuenta de que no corría peligro porque el movimiento era suave, y el lomo del caballo caliente.





Para ella era una mole blanca.

No sabía siquiera que el caballo se llamaba caballo, pero cuando el caballo relinchó, se dijo: esta mole debe llamarse caballo.

Y el caballo, que sabe tanto como la hormiga, comprendió que ella ya no estaba asustada y dio un pasito, dos, tres, y luego arrancó trotando.

La hormiga olvidó rápidamente su susto. Qué hermoso era estar allí arriba, viendo a la tierra chiquita, como desde la copa de un árbol, ¡y cómo se recorrían inmensas distancias! Era como viajar en cohete, pensó la hormiga, que en estas cosas se equivocaba bastante.

Se bajó un poco mareada y hasta olvidó llevarse la hoja que había cortado.





Al día siguiente, cuando asomó la cabeza del hormiguero y descubrió al caballo comiendo pasto a la sombra, corrió tan apurada hacia él que tropezó y se hizo un chichón sobre la frente. Pero ni siquiera gritó, siguió corriendo.

Al verla, el caballo lanzó un relincho y esta vez adelantó la pata, inclinándola para que subiera más cómoda.



La hormiga aprendió muy pronto a andar a caballo. Como los chicos hábiles cuando van en bicicleta, se atrevió a hacer acrobacias. Primero se paró sobre el lomo del caballo en cuatro patas, después en dos, y finalmente, con el cuerpo en el aire, se sostenía de una sola y saludaba con las cinco restantes. A veces paseaba quieta, como una dama mirando el paisaje, y a veces se enloquecía y lo miraba al revés, apoyada en la cabeza.



Así, todos los días la hormiga salía al encuentro del caballo que la esperaba bajo el cielo. Ágilmente se trepaba por la pata hasta el lomo y paseaban un rato juntos, la hormiga contenta de haber descubierto una mole que se llamaba caballo, y el caballo contento de haber cumplido su sueño de tener una hormiga negra, muy negra, sobre el lomo blanco.



Un nombre para hojita



Había una casa con un patio lleno de macetas donde crecían malvones, hortensias, begonias y clavelinas.

Al despertar una mañana, la clavelina sintió cosquillas en el tallo. Miró hacia abajo y descubrió que durante la noche le había crecido una nueva hojita.

La hojita se quedó muy quieta, no conocía a nadie y tenía un poco de miedo. Apareció la perrita Zoila jugando con una pelota y a ella le causó mucha gracia. El miedo se le pasó enseguida. Ella también tuvo ganas de jugar y empezó a hamacarse en el tallo.

–¡Arriba, abajo! –cantaba.

Miró a las otras plantas del patio y vio que le sonreían. La hortensia le tiró un terroncito de tierra que le dio en la nariz. La perrita Zoila le movió la cola.

